

## **DESARROLLO CON PERSPECTIVA ALIMENTARIA EN LA POST-PANDEMIA**

### **UN POCO DE MOTIVACIÓN**

Al finalizar el mes de marzo del año de la pandemia, los líderes de opinión más calificados se han tornado especialmente pesimistas. Sus presagios sobre el “mundo post-pandemia” se dirigen hacia tres grandes amenazas: el aumento de los nacionalismos y la consecuente xenofobia; el cierre de las fronteras con el freno a la globalización económica y la tendencia al autoritarismo por parte de los distintos gobiernos.

Quienes emiten estas opiniones no son personajes pesimistas y amargados. Se trata de gentes reflexivas que reconocen que ante las grandes amenazas el ser humano es impulsado primero que todo por el miedo. Y todos los fenómenos que se mencionaron atrás son el resultado de miedos que empiezan en la mente de cada ciudadano y que fácilmente son institucionalizados.

Ahora bien, en general el miedo se relaciona con la posibilidad más o menos cierta de perder algo que nos da seguridad. Sin duda, el miedo es un excelente indicador del peligro y es sabio refrenarse cuando aparece. Sin embargo, normalmente, impide valorar la realidad en su conjunto y no da espacio a una mente abierta que pueda apreciar las oportunidades y las alternativas. Es por eso que podemos afirmar que el miedo no es un buen consejero, ni para las personas ni para las naciones.

Me pregunto entonces, de cara a la post-pandemia ¿Qué tal si, en lugar de mantenernos en el miedo a perder lo que precariamente hemos conseguido hasta hoy, nos decidimos a construir el mundo como siempre lo quisimos? ¿Qué tal si, desde ya, emprendemos la vida como siempre la hemos querido y como nos parece más bella?

Desde siempre hemos afirmado que deseamos una forma de alimentarnos que sea buena, limpia y justa. Más precisamente, vemos la necesidad de desarrollar dietas sustentables y que nuestras costumbres alimentarias no socaven los recursos naturales y, en consecuencia, clamamos por la protección y fortalecimiento de la biodiversidad. Igualmente, nos hemos emocionado con la posibilidad de revivir las cocinas tradicionales y afirmamos que los mercados locales son la respuesta a muchos de los problemas que nos afectan hoy día como humanidad.

A partir de allí, hemos encontrado alternativas que nos convencen y nos motivan, como por ejemplo: el fortalecimiento de las fincas campesinas tradicionales, la creación de una fraternidad entre campesinos y ciudadanos y la recreación de nuestras gastronomías biodiversas. Todas estas opciones lucen necesarias para el mundo post-pandemia, no hay nada que nos indique que están en la dirección equivocada.

Así que se trata esencialmente de concentrar los esfuerzos en lo que ya veníamos haciendo. En otras palabras, aquellos que nos sentíamos insatisfechos o incluso alarmados

por el rumbo que habían tomado los sistemas alimentarios contemporáneos deberíamos redoblar nuestros esfuerzos en el desarrollo de los sistemas alternativos que hemos venido diseñando y tratando de implementar. En pocos meses, serán más necesarios que nunca.

## **UN POCO DE REALISMO**

Para países como Colombia, el futuro luce muy sombrío. La pandemia ha desnudado completamente la precariedad de la ridícula economía en la que fuimos embarcados. Aquellas ideas de las ventajas comparativas y las cadenas productivas, que se amarraron a las fantasías de los TLC, nos han convertido en una sociedad dependiente y con una bajísima capacidad productiva que solo se dedica a comerciar cosas que no fabrica. Una sociedad en la que más de la mitad de las familias viven del rebusque y no pueden resistir más de dos días de confinamiento.

Esta sociedad de informales, despojada de su dinámica productiva y, valga decir, de su soberanía alimentaria, tiene que ser mantenida porque amenaza con convertirse, de un día para el otro, en una horda de hambrientos que liquide el valor más sagrado del estado colombiano: el orden público. Y puede que, con suerte, durante los próximos dos meses el estado colombiano logre palear la crisis y, mientras el virus se disipa, alcance a dar de comer a tanta gente.

Pero, ¿Cómo se mantendrá el orden público si esta economía, pegada con babas, quedará deshecha en cuatro semanas? Y, con un mundo entero en recesión, resulta patético hablar de la reanimación de nuestro “aparato productivo” cuando claramente ese dichoso aparato no existe o fue atrofiado por las fantasías de enriquecimiento rápido basado en el extractivismo.

Una vez se supere la pandemia, a “medianísimo plazo”, Colombia necesitará un verdadero aparato productivo que conecte los distintos sectores de la economía y genere empleos realmente estables. Ciencia, tecnología, innovación y emprendimiento deberán enfocarse a la producción de lo que realmente necesitamos para un buen vivir. Y las propuestas que requerimos en ese sentido deben estar listas antes de que finalice el 2020. No tenemos tiempo para que sean sometidas a la burocracia de Colciencias o para que el INVIMA verifique el código de barras porque, en pocas palabras, el mediano plazo es ya.

## **DESARROLLO CON PERSPECTIVA ALIMENTARIA**

Pues bien, aquí es donde aparece el desarrollo con perspectiva alimentaria como una alternativa para animar la economía a partir del alimento y para convertir a los hambrientos en actores del desarrollo y del buen vivir.

Recordemos: el desarrollo con perspectiva alimentaria parte de la convicción de que el alimento ha sido y es uno de los ejes fundamentales de la vida humana. La trama

económica, cultural, ambiental y política de las sociedades está determinada en buena medida por la manera como resuelven sus necesidades alimentarias. Una perspectiva que se vuelve aún más amplia cuando apreciamos que la alimentación humana no se restringe al consumo de nutrientes sino que contiene necesidades de orden afectivo, creativo, ético y estético.

Ahora bien, el asunto alimentario puede verse como un enorme e intrincado circuito económico que interconecta a numerosos actores de diferentes sectores de la sociedad. Tan solo al considerar el hecho gastronómico en su conjunto podemos encontrarnos con productos tan variados como loza y cubiertos, manteles y servilletas, asientos y mesas, ollas y utensilios, estufas y combustibles, cada uno de ellos con su propio circuito de fabricación y comercialización. Y todo ello, sin mencionar siquiera la cadena alimentaria como tal con el conjunto de procesos como la producción de insumos y herramientas de labranza, la transformación y procesamiento de alimentos y el proceso de transporte, empaque y logística para el abastecimiento y distribución.

Son innumerables los empleos y formas de ingreso que puede haber alrededor de un aspecto de la vida humana que nunca dejará de existir. Millares de empleos que en Colombia se perdieron cuando el país renunció a su soberanía alimentaria y empezó a depender de la importación de alimentos e insumos. Estrategia que por demás ya nos está colocando en la nada simpática situación de “obtener ingresos en pesos y comprar alimentos en dólares”.

El desarrollo con perspectiva alimentaria se concentra en la recomposición de los circuitos económicos a nivel territorial por medio de la recuperación de nuestro aparato productivo (ahora sí productivo) tanto a nivel agrícola como pecuario y agroindustrial. Y aunque una labor indispensable consiste en la recuperación de muchos componentes claves de nuestras culturas alimentarias tradicionales, no se trata de un retorno romántico al pasado. A la par con la recuperación de las semillas tradicionales y los saberes campesinos, afrocolombianos e indígenas, también es posible y deseable dialogar con elementos científicos y tecnológicos contemporáneos como las TIC, la agricultura inteligente e incluso la robótica.

No obstante, frente al enorme abanico de posibilidades que ofrece el asunto alimentario para la reanimación de la economía, es necesario identificar las áreas estratégicas para instalar procesos de desarrollo territorial con perspectiva alimentaria. Para ello, se debe considerar, por una parte, las capacidades ya instaladas en nuestras comunidades y la pertinencia del tema frente a sus necesidades sentidas. Y, por otra parte, las oportunidades que pueden surgir a partir de la crisis de la economía global.

En este sentido, proponemos cuatro áreas estratégicas para la activación de circuitos económicos alimentarios y el desarrollo territorial con perspectiva alimentaria:

1. Desarrollo de mercados locales de alimentos y circuitos cortos de comercialización. Se trata de una línea de acción bastante reconocida y emprendida por muchas organizaciones del sector solidario con resultados todavía escasos. Sin embargo, el contexto post-pandemia puede ser muy propicio para avanzar en estos propósitos. Es importante señalar un par de elementos diferenciadores en este aspecto:
  - a. Los mercados locales se refieren a procesos de producción, transformación, comercialización y consumo que se dan en un mismo territorio. Más exactamente en los niveles municipal y eventualmente supramunicipal (provincial o micro-regional). La importancia de estos mercados radica en que se dirigen a las poblaciones y territorios más postergados del país (menores de 100.000 habitantes). El fortalecimiento de los mercados locales no solo genera empleos e ingresos a las familias más pobres, también mejora la disponibilidad de alimentos frescos en poblaciones que presentan altos niveles de hambre oculta y malnutrición.
  - b. Los circuitos cortos corresponden a la reducción de eslabones de las cadenas alimentarias y la superación de las intermediaciones innecesarias o que no agregan valor a los productos. Por supuesto, los mercados locales hacen parte de estos circuitos cortos como también la comercialización directa entre los productores campesinos y los consumidores ubicados en grandes ciudades. Ambas opciones pueden ser enormemente potenciadas con las nuevas tecnologías informáticas para mejorar la logística y asegurar el monitoreo y la sostenibilidad de los negocios incluyentes que se derivan de esta opción.
2. Agroindustria de base campesina. Lo primero que se debe tener claro es que la agroindustria incluye procesos que van desde la selección y clasificación de productos frescos, hasta la transformación de subproductos alimentarios pasando por elementos como almacenamiento, empaque y embalaje. Probablemente, esta actividad fue la más golpeada por la apertura económica y la globalización de las cadenas alimentarias. Por eso mismo, para la post-pandemia, debería ser la actividad que más se promueva y fortalezca. Sobre todo si consideramos la profunda dependencia de Colombia en lo que se refiere a la importación de productos alimentarios industrializados. La agroindustria para la post-pandemia puede ser enfocada al menos en tres aspectos principales:
  - a. Agroindustria básica para los productos tradicionales ya instalados. Numerosas comunidades campesinas requieren solamente pequeñas inversiones de agroindustria para estabilizar la oferta de sus productos, agregar valor a los mismos y posicionarse en los mercados. Es el caso de muchas comunidades productoras de cereales y leguminosas que tan solo requieren estandarizar algunos aspectos de su producción, mediante manejos de post-cosecha y adecuación de espacios de almacenamiento. En otras situaciones, se precisa de inversiones mayores como en el caso de la transformación de lácteos o la producción de pulpas de fruta. Pero, de cualquier modo, los productos de los que se habla en este renglón ya están instalados en las fincas campesinas y forman parte de una oferta a la que actualmente los campesinos no logran agregarle valor.

- b. Sustitución de productos alimentarios importados. El mejor ejemplo en este renglón son los concentrados para animales. Según los reportes de FENAVI, el año pasado (2019) se registraron importaciones de granos por un valor superior a los US\$1.800 millones, del cual, aproximadamente el 75% se destinó a la avicultura. Esta industria, con un amplio mercado en Colombia, debe comprar sus insumos en dólares y, según ellos, por cada incremento de \$100 en la TRM se tiene un impacto en la estructura de costos de \$157,5 por kilo de pollo y \$6,5 por unidad de huevo<sup>1</sup>. Claramente, estos insumos (maíz transgénico de EEUU) pueden ser sustituidos no solo por maíces criollos de nuestro territorio sino también por un sinnúmero de plantas que forman parte de nuestra biodiversidad. Es más, cada región podría tener sus propias fórmulas para producción de concentrados a partir de su biodiversidad.
  - c. Investigación e innovación desde la biodiversidad. Un breve recorrido por cualquier zona campesina permite conocer una gran cantidad de plantas y frutos que han sido utilizados por los campesinos para diferentes propósitos y que presentan un potencial aún inexplorado. Muchos de estos frutos y especies, generalmente silvestres, tienen gran potencial gastronómico como hongos, tubérculos y frutos exóticos. Pero otros, como las infinitas palmas que la gente usa para mil cosas, pueden tener aplicaciones industriales que los técnicos entrenados podrían identificar y potenciar.
3. Maquinaria para la producción campesina. Uno de los más graves problemas que sufre el productor campesino radica en la escasez de mano de obra. Una situación que no solo encarece sus productos y los hace menos competitivos sino que lo obliga, por ejemplo, al uso de mayores cantidades de herbicidas como el famoso glifosato. El uso de maquinaria puede transformar positivamente la agricultura campesina siempre y cuando seamos capaces de implementar tecnologías apropiadas en los diferentes territorios. No olvidemos que la mayor parte de maquinaria que se ha usado en Colombia se ha importado desde países que mecanizaron su agricultura para zonas planas. Colombia es un país esencialmente montañoso que precisa otro tipo de tecnología para la mecanización de su agricultura.

En ese sentido, es necesario impulsar una vigorosa acción de innovación participativa. Esto significa, el desarrollo de prototipos que potencien el saber tradicional y sean realmente útiles al momento de facilitar la actividad agrícola y pecuaria de nuestros campesinos. El desarrollo de maquinaria no solo requiere operarios sino también personas que realicen el mantenimiento y reparación de las mismas lo cual amplía el radio de empleabilidad que puede generar esta estrategia.

4. Turismo campesino. Probablemente, uno de los renglones de la economía que más decrecerá en la post-pandemia será el turismo. Difícilmente, al menos en el corto

---

<sup>1</sup> Efecto del dólar en Colombia: podría subir el precio del pollo y huevo, dice Fenavi. ECONOMÍA| 13 de Marzo de 2020. <https://www.elheraldo.co/economia/efecto-del-dolar-en-colombia-podria-subir-el-precio-del-pollo-y-huevo-dice-fenavi-708851>



plazo, la humanidad deseará estar lejos de sus hogares o expuesta a amenazas desconocidas sobre todo en los escenarios multitudinarios que caracterizan el turismo convencional. Pero en medio de este panorama, el turismo rural comunitario, fundamentado en la finca campesina, puede resultar relativamente fortalecido. Se trata de una oferta cercana a los usuarios en la que se combinan diversos atributos que serán muy apreciados por la sociedad post-pandemia como por ejemplo el encuentro con la naturaleza, la sustentabilidad ambiental, la biodiversidad y, por supuesto, la gastronomía tradicional.

No obstante, la vitalidad del turismo rural comunitario se fundamenta en la valoración y valorización de la cultura campesina. Es ésta la que constituye la oferta de valor del turismo rural comunitario. Por lo tanto, la recuperación de memoria colectiva será un elemento esencial en el desarrollo de esta perspectiva. Desde allí, podrán activarse procesos de recuperación de semillas nativas, de prácticas ancestrales y gastronomías tradicionales junto con las narrativas que las acompañan.

Néstor Mendieta  
Corporación Obusinga  
Abril 3 de 2020